

PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

Paradojas con Fidel Política en movimiento

Nunca tuvo la izquierda mexicana un héroe vivo más vigente que Fidel Castro. La Revolución Cubana encabezada por él fue guión de la lucha política por el socialismo, especialmente en los años sesenta, en que la sombra del intervencionismo norteamericano se cernió ominosa sobre aquella isla, convertida en una especie de Meca para los batalladores populares latinoamericanos. Y sin embargo, en una paradoja terrible, explicable sólo por una miopía que el tiempo debe curar, Castro volvió a la ciudad de México después de tres décadas de ausencia, en medio de la reticencia y aun desdén de la zona política donde más se ha gloriado y en la que ahora se pretendía imponerle el absurdo deber de convertirse con su ausencia en silencioso pero eficaz cuestionador del Presidente Salinas, a cuya toma de posesión fue invitado y asistió, entre vítores de priístas que, nueva paradoja, lo recibieron con entusiasmo mayor que el autorizado año por su ortodoxia.

PLAZA DOMINICAL

Viene de la 1

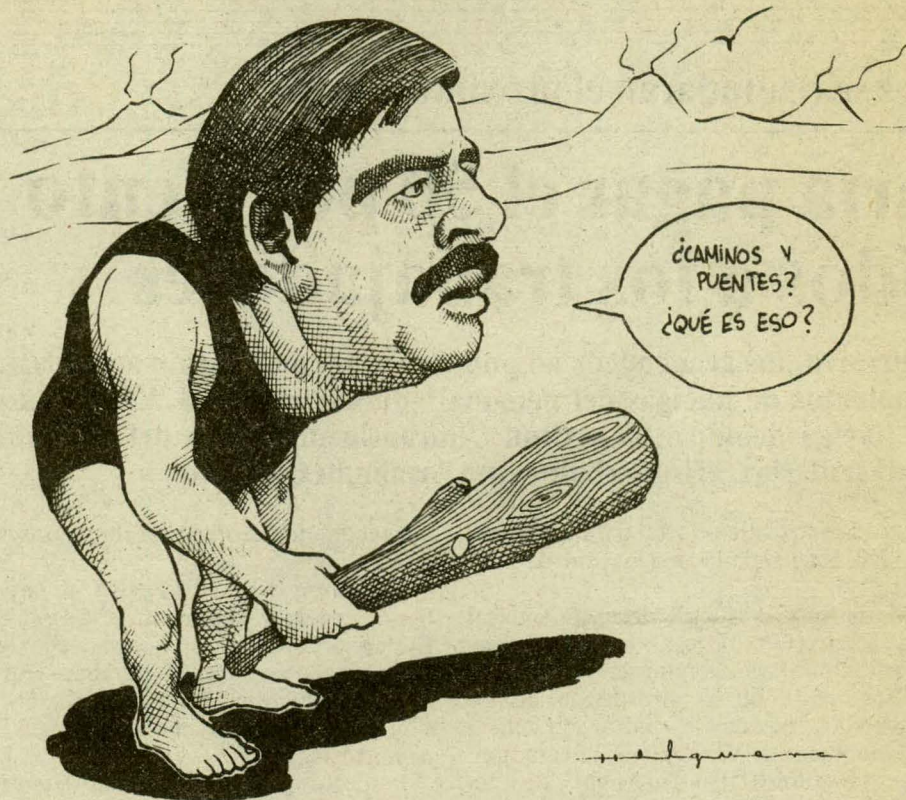
Nunca a una asunción presidencial mexicana habían ocurrido jefes de Estado. El que ahora haya sido distinto tiene que ver no sólo con que todo es distinto. Se explica también por la necesidad del salinismo de borrar la impresión internacional sobre las elecciones y el triunfo de su candidato; por las modalidades que se imprimirán ahora a la política exterior, enunciadas por Salinas al recibir su cargo; y por la noción de que el achicamiento del mundo y el incremento de la interdependencia obligan a la diplomacia personal frecuente y en el más alto nivel.

Castro vino, el mayor entre los asistentes, a sufrir la aspereza de sus tradicionales enemigos y los reproches de quienes se supuso fueron sus apoyadores. Televisa osciló entre llamarlo dictador e ignorar su existencia, como si fuera asunto cotidiano y trivial la presencia en México de uno de los líderes mundiales de mayor dimensión histórica. Jorge Ocejo, jefe patronal, lo denostó lo mismo que a Daniel Ortega. En la propia antesala presidencial, mientras esperaban su turno para saludar al nuevo Presidente, los dueños del gran dinero expresaban su inconformidad por esas invitaciones. Y mientras tanto, en la banda opuesta, en vez de que se organizaran manifestaciones masivas para saludar al dirigente socialista, ausente por tan largo tiempo de esta tierra, sólo había reconcomios y mezquindades. Todo lo más que hubo fue una tensa reunión con dirigentes partidarios, la tarde del viernes, en la embajada cubana, en la que Fidel insistió en decir lo que sus interlocutores no entienden: que él no hace juicios sobre la situación interna de México.

De todas maneras, a Castro no le fue mal a raíz de su visita a México, --que concluye hoy, con un nostálgico retorno a Tuxpan, de donde partió hace 32 años-- comparado con la suerte de José Napoleón Duarte, de tiempo atrás atacado gravemente por un cáncer, que se le complicó ahora y forzó su hospitalización aquí; y con la del presidente Raúl Alfonsín, que debió apresurar su vuelta a Argentina para encarar una rebelión militar. Todos ellos, y Ortega de Nicaragua, así como José Azcona, de Honduras; y Vinicio Cerezo, de Guatemala, fueron aplaudidos el jueves primero por un auditorio bien dispuesto hacia el Presidente Salinas. El discurso que éste pronunció debe ser examinado con detenimiento, a fin de convertirlo en vara con la cual medir sus acciones futuras. Si fuera dable analizarlo con independencia de otros datos propios del comienzo de un gobierno, sería en general plausible, porque no se negó a ver lo que los ciudadanos ven y porque traza una idea clara del país democrático, próspero y justo que todos deseamos. Por su carácter de pieza principal del proceso político sexenal, debemos dedicarle atención en otros momentos.

La integración del gabinete revela los ajustes de última hora que son inevitables cuando se organiza un equipo de trabajo a partir de relaciones de amistad; de aptitudes técnicas y políticas; y de la necesidad de satisfacer grupos, corrientes e intereses. Una gran exclusión queda

DE OTRA ERA ■ Helguera



patente: la de don Enrique González Pedrero, a quien se le auguraban destinos como la Secretaría de Gobernación o la de Educación, o la presidencia del PRI, y en cambio fue nombrado director del Fondo de Cultura Económica. Ni el cargo lo disminuye, porque es relevante, ni le es extraño, no sólo porque corresponde a una de las vertientes del político-intelectual que es él todavía, formalmente, gobernador de Tabasco, sino porque sus comienzos profesionales fueron acogidos por esa casa, hace tres décadas. Pero no por ello es menos deplorable su ausencia, inexplicable en cuanto a los servicios que prestó a la campaña electoral como director del IEPES, y ominosa en cuanto al papel que en torno del Presidente Salinas puede jugar el círculo más íntimo que lo rodea, lo aísla y puede terminar apresándolo.

Puesto a trabajar intensamente desde el primer día, el Presidente Salinas se reunió el viernes 2 con los dirigentes del Partido de Acción Nacional, en rápido e inicial cumplimiento de sus ofertas políticas, que incluyen reformas a las que los partidos no pueden ser ajenos, porque algunos las han exigido y tienen proyectos formales en torno de ellas. En la fase primera de la sesión cameral del primero de diciembre, los diputados Marcela Lombardo en nombre del Frente Democrático Nacional; y Abel Vicencio Tovar, por el PAN, se refirieron de modo expreso a la necesaria enmienda o sustitución del Código Federal Electoral, entre otras acciones. Salinas abordó igualmente el tema en su discurso inaugural y continuó con él en la conversación con los líderes panistas, a la que debe seguir una similar con los jefes del FDN, que acaso se muestren menos renuentes ante la oportuna y elegante decisión de remover al gobernador Luis Martínez Villicaña de Michoacán, bajo la forma de ofrecerle la dirección general del organismo denominado Caminos y Puentes

Federales de Ingresos. Beneficiosa para el PRI, que sufrió en esa entidad la mayor derrota política que jamás había padecido, y se debilitaba cada día más por la desaprensiva conducta política de un gobernante que no se atenía a la nueva realidad, la salida de Martínez Villicaña será también sana para la población entera de su estado, no sólo porque su breve gobierno de dos años se significó por resultados contrarios al interés popular sino porque la inquietud a que daba lugar su impugnada presencia era cada vez menos llevadera. Igualmente, y aun cuando eso seguramente no entra en los cálculos del gobierno, la renuncia del gobernador --o su licenciamiento, que es lo mismo-- beneficia también al FDN.

Este agrupamiento, en efecto, se hallaba al borde de la crisis en Michoacán, no obstante haberse convertido en la principal fuerza política en la entidad, o por ello mismo. Se ilustraban allí muchas de las dificultades del tránsito a una presencia estable, organizada, con tareas a realizar, a partir de la mera explosión electoral. Las rudas contiendas entre partidos, que se creen creadores de su propio éxito y buscan por lo tanto usufructuar el triunfo; las rivalidades con el nuevo agrupamiento promovido por Cárdenas, y la falta de orientación respecto a las acciones en el corto plazo, condujeron a un activismo que estalló en tomas de alcaldías sin que se consiguieran los efectos buscados. El retiro de Martínez Villicaña, que le permite a él mismo, y a su partido, una salida airosa, obligará al frentismo a establecer cuanto antes nuevas estrategias, pues se le ha dejado sin la bandera que más fuertemente motivaba a sus cuadros michoacanos.

Martínez Villicaña asistió todavía, por la mañana del sábado, a la sesión del Consejo Nacional priista, citado para designar nuevos presidente y secretario general, debido a que sus titulares, Jorge de la Vega y Manuel Camacho, pasaron a

integrar el gabinete presidencial, como secretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos, y como jefe del Departamento del Distrito Federal. Sin que varíen en lo mínimo las formas de ascenso a esos cargos, vinculados indisolublemente a la voluntad presidencial, lo que desdice de inmediato la posibilidad de una reforma a fondo de ese partido, fueron nombrados un político nuevo, hasta novato, y uno avezado en los avatares de la política. El primero, naturalmente, habita en las cercanías políticas del Presidente de la República, como Adolfo Lugo Verduzco hace seis años. Como este mismo, Luis Donaldo Colosio era oficial mayor del partido y, como Lugo, había sido movilizado a tiempo para un ascenso. Sólo que el avizorado para el senador sonorense lo conducía sólo a la secretaría general, y resultó sin embargo en la cúpula misma de la organización. Su carrera administrativa es apenas más larga que su trayectoria política, y ambas son cortas, e identificadas con Salinas. La cercanía con el director de Política Económica y Social --eso era el hoy Presidente hace ocho años-- permitió a Colosio ascender en esa secretaría, y su dependencia del secretario de Programación y Presupuesto lo convirtió en diputado en 1985, y luego en senador por Sonora. Con esa estrecha vinculación, la perspectiva de que el PRI deje de ser un partido privilegiado con el favor presidencial se aleja.

Aunque ello no sea competencia del Consejo, la composición del comité nacional priista se modificará como consecuencia de la adscripción de varios de sus cuadros al nuevo equipo gubernamental. Aparte los ya sabidos casos de De la Vega, Camacho y González Pedrero, también dejarán de figurar en los mandos del PRI su secretario de Organización, Pedro Joaquín Coldwell, quien se encargará de la dirección de Fonatur; José Carreño Carlón, quien de secretario de divulgación ideológica pasa a ser director general de *El Nacional*, el periódico gubernamental; Arturo Núñez, secretario de capacitación política, será director de Desarrollo Político en la Secretaría de Gobernación; Miguel López Azuara transita de la secretaría de información a la Dirección General de Comunicación Social de la Presidencia de la República de la que es titular Otto Granados Roldán; José Antonio Álvarez Lima, subsecretario de información, se ocupará de la dirección general del Instituto Mexicano de Televisión, Imevisión.

El nuevo equipo priista apenas tendrá tiempo para empaparse de los reclamos electorales que surjan de las elecciones que hoy se realizan en Jalisco, Guanajuato, San Luis Potosí y Zacatecas. Especialmente en la primera entidad mencionada la actividad opositora no sólo puede conseguir triunfos, sino que no se contentará fácilmente con derrotas que no lo sean. Aceptar las victorias ajenas y resistir la impugnación de las propias no es sólo tarea de los gobiernos locales afectados, sino también del PRI. El que haya en él nueva dirección estorba, conforme las pautas usualmente respetadas, la flexibilidad necesaria ahora, pues se supone que llegar admitiendo pérdidas es inadmisibles. Veremos.